



PAZ Y BIEN

III Domingo de Pascua

19-IV- 2026



*"¿No ardía nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino?"*

## III Domingo de Pascua

19-IV- 2026

### Textos:

Hech.: 2, 14. 22-33.

I Ped.: 1, 17-21.

Lc.: 24, 13-35.

*"¿No ardía nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino?"*

En la Liturgia de la Palabra, en este III Domingo de Pascua, se evidencian dos aspectos del *hecho histórico* de la Resurrección de Jesús: uno negativo y uno positivo: **el negativo** es la falta de fe de los judíos de Jerusalén antes del discurso pentecostal de Pedro. La falta de temor de Dios en la segunda lectura. Y la incapacidad de reconocer al Señor antes de partir el pan en el evangelio.

**El positivo** es la fe testimoniada por Pedro y de los Apóstoles delante de la multitud en Jerusalén en la primera lectura, la fe y la esperanza que nos trasmite Pedro en la segunda lectura y por último el testimonio de los discípulos de Emaús después que el Señor partió el pan.

En el marco de estas lecturas, desearía detenerme en dos afirmaciones que tienen en común la referencia al corazón humano: cuando Jesús les dice a los discípulos de Emaús que son *"duros de corazón"*, y la pregunta que los mismos discípulos se hacen: *"¿no ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino..."*.

La resonancia que suscita la palabra *"corazón"* no es idéntica en hebreo y en nuestra lengua. En nuestra manera de hablar, el corazón está ligado con la vida afectiva: el corazón ama o detesta, desea o toma; en cambio el hebreo habla del corazón en un sentido mucho más amplio. El corazón es lo que se halla en lo más interior, en lo más íntimo del hombre se hallan los sentimientos, pero también los recuerdos y los pensamientos, los razonamientos y los proyectos, el corazón humano designa entonces toda su personalidad consciente, inteligente y libre. Así el *"corazón endurecido"* comporta el sentido de espíritu cerrado.

El corazón de los discípulos de Emaús, es un corazón que no les permite *Reconocer* a Jesús, les cuesta entrar en relación con Él como

Mesías, y todo por la cerrazón de corazón, ya que entrar en relación con Dios es *“arriesgar el corazón”* (Jer. 30,21).

La Sagrada Escritura nos enseña como al hombre el mal le ataca en el corazón: *“Este pueblo tiene un corazón rebelde y contumaz”* (Jer 5,23), *“un corazón con doblez”* (Os 10,2). En lugar de poner su fe en Dios, *“han seguido la inclinación de su mal corazón”* (Jer. 7,24). Es terrible la dureza del corazón de todo hombre y mucho más grave la dureza del corazón de los creyentes.

Pero el corazón, es también el lugar donde Dios comunica el fuego de su amor que enciende el ardor apostólico, porque **el corazón es la sede del amor y del conocimiento.**

El corazón de los discípulos de Emaús, no estaba preparado para reconocer al Señor; *“A los que hablaban de Él se mostró presente, pero como dudaban esconde el aspecto que podía darle a conocer. Habló con ellos, los amonestó por su dureza para entender, explicó los secretos de la Sagrada Escritura que lo mencionan, porque en sus corazones eran peregrinos en cuanto a la fe”* (S. Gregorio Magno, Hom. 23).

Ellos no eran incapaces de verlo, pero eran incapaces de reconocerlo. **“Cristo vivo encontró muertos los corazones de los discípulos”** (San Agustín Sermón 235,1-4). Hermanos, un corazón mundanizado, es un corazón sin ardor apostólico.

¿Cuándo reconocieron al Señor resucitado?, sólo lo hicieron cuando *“lo obligaron”* (coigerunt), poniendo en práctica la caridad con el peregrino, entonces fueron iluminados. San Gregorio Magno afirma: *“Escuchando los preceptos de Dios no fueron iluminados, lo fueron cuando lo pusieron en práctica, porque está escrito”*; *“a los ojos de Dios, no son justos los que oyen la ley, sino los que la practican (Rom. 2,13). He aquí que el Señor no fue conocido mientras hablaba y se dignó de hacerse reconocer mientras era servido en la mesa”* (Hom. 23). En el clima de hospitalidad y caridad le reconocieron al partir el pan.

El Señor es reconocido en la fracción del pan, en la Eucaristía, que es donde se da el encuentro fraterno entre nosotros, y con el Señor resucitado.

Los discípulos se preguntaban: *“¿No ardía nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino...”*. Y Orígenes nos pregunta: *“Y a ti, ¿de dónde te vendrá el ardor? ¿Dónde encontrar en ti carbones de fuego si nunca has ardido por la palabra del Señor, si jamás has sido inflamado por las palabras del Espíritu Santo?”* (Homilías sobre el Levítico 9,9).

Hermanos, la vida apostólica de la Iglesia, depende de nuestra docilidad al Espíritu Santo que enciende en nuestro corazón el ardor por anunciar el evangelio.

San Agustín nos dice que: *“Si nos distinguimos en la fe, distingámonos, de igual manera, en las costumbres y en las obras inflamándonos en la caridad,... Ese es el fuego que hace arder a aquellos dos por el camino”* (Sermón 234,3).

Debemos pedir al Señor que encienda nuestros corazones con el fuego de la caridad apostólica, pues es ese ardor el que nos empuja a ir hacia los otros para anunciarles el Evangelio, a luchar contra toda clase de encierro: *“En ese mismo momento, se pusieron en camino...”*, después reconocer al Señor resucitado.

La falta de ardor apostólico de los católicos es el mayor obstáculo para emprender la tan necesaria *nueva evangelización* a la que nos ha llamado Benedicto XVI y que, nos decía Juan Pablo II, debe ser nueva en su ardor, en su método y en su expresión.

Esta falta de ardor, de fervor se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo la falta de alegría y de esperanza. Por ello, a todos aquellos que por cualquier título o en cualquier grado (es decir todos los bautizados) tienen la obligación de evangelizar, nosotros los exhortamos a alimentar el fervor del espíritu (cfr. Rom. 12,11) (E N 80); es decir el ardor apostólico, sin el cual caminamos sin esperanza como los discípulos de Emaús, seremos piadosos, pero no misioneros.

El Papa Pablo VI, en la Carta Magna del Anuncio del Evangelio a los hombres de hoy que en la *“Evangelii Nuntiandi”* nos exhorta a conservar el fervor espiritual, a conservar la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas, y a anunciar a Cristo resucitado con un espíritu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas (cfr. E N 80). Y recordemos que *“la evangelización no es más que un anuncio de lo que se ha experimentado”* (Benedicto XVI).

Pidamos al buen Dios, que encienda en caridad apostólica nuestros corazones para ponernos en camino y anunciemos que el Señor ha resucitado.

Amén.

G. in D.